

El Guardián Del último árbol

La ciudad no dormía nunca.

Coches rugiendo, bocinas que chillaban, faros iluminando las calles con su brillo amarillento, anuncios de neón que parpadaban sobre los edificios y escaparates que reflejaban colores imposibles en los charcos. Un humo tenue flotaba entre los rascacielos, mezclándose con el olor del pan recién horneado y de la gasolina. La mayoría de la gente caminaba rápido, con los ojos pegados a la pantalla del móvil, ignorando todo lo demás.

Pero Leo no.

Cada tarde, después del instituto, corría hasta su lugar favorito: un árbol en la plaza.

Subía entre sus ramas y se sentaba allí arriba, mirando la ciudad a sus pies. Los coches parecían hormigas, los edificios gigantes se suavizaban y las luces nocturnas se reflejaban como diminutas estrellas atrapadas en las calles y tejados. Respiraba hondo, y por un instante todo lo que le preocupaba desaparecía. Allí, en lo alto, podía sostener el mundo entero con la fuerza de su imaginación.

A veces, balanceaba los pies colgado de una rama, cerraba los ojos y sentía el

Viento rozándole la cara. Escuchaba el murmullo de la ciudad mezclada con el crujido de la madera bajo sus manos. Cada hoja parecía susurrarle secretos, y él se imaginaba que cada historia que pasaba en la plaza quedaba guardada en ese árbol.

Al caer la tarde, cuando los faroles comenzaban a encenderse, Leo veía cómo las luces de los coches formaban hilos dorados entre las calles, y los escaparates representaban reflejos que bailaban sobre el pavimento húmedo. Pensaba en todas las personas que vivían sus vidas apresuradas sin detenerse a mirar, y sentía que el árbol lo protegía de todo eso.

Una tarde, mientras descansaba en una rama baja, un anciano se sentó en el banco a su lado. Tenía la piel arrugada y unos ojos que parecían guardar secretos de otra época.

- Veo que vienes aquí todos los días - dijo con voz suave -. ¿Sabes por qué me gusta este árbol?

Leo negó con la cabeza.

- Cada hoja, cada rama, tiene historias que nadie más recuerda. Yo venía aquí con mi hermano cuando tenía tu edad. Jugábamos entre sus ramas y señalábamos con volar.

Cada hoja nos escuchaba y sostenía. Este árbol guarda lo que somos. Si desaparece,

perdemos un poco de nosotros mismos. Leo escuchó con atención. Algo creció en su pecho: una mezcla de respeto y fuerza. Ese día supo que debía hacer algo por aquel árbol.

Ese noche, escuchó a dos hombres hablando entre susurros:

- Hay que cortarlo. La plaza necesita espacio para un aparcamiento.

El corazón de Leo dio un vuelco. Se acostó, pero no podía dormir. Pensó en cada juego, cada secreto, cada tarde de lectura bajo las ramas. Se imaginó la plaza con el árbol cortado y los recuerdos de tantas personas desvanecidos. Recordó la sensación de columpiarse entre las ramas y sentir la ciudad a sus pies, el olor a corteza y el viento en su cara. Se preguntó cómo alguien no podía ver lo importante que era, y recordó las palabras del anciano: los árboles guardan lo que somos.

Al día siguiente, se armó de valor. Fue al árbol con papel, retulador y cinta adhesiva.

Pegó un cartel en el tronco con letras grandes y claras:

"Si este árbol ha sido importante para ti, escribe aquí por qué".

Al principio nadie se detuvo. La ciudad seguía corriendo, envuelta en luces y ruidos. Pero poco a poco, personas de todas las edades comenzaron a acercarse.

Una mujer mayor escribió:

"Aquí conocí a mi esposo hace cuarenta años".

Un hombre que paseaba a su perro añadió:

"Mi hijo dio aquí sus primeros pasos".

Niños que dibujaron corazones, rayos de sol y el árbol, adolescentes escribieron pequeños poemas, y personas mayores compartieron recuerdos que nadie había escuchado en años.

Algunos se reían mientras recordaban, otros se emocionaban hasta las lágrimas. Cada historia hacía que más personas se acercaran, y más ojos vieran lo que Leo siempre había sabido: aquel árbol no era solo madera y hojas, era un refugio de vida y memoria.

Leo comenzó a pasar más tiempo en las ramas escuchando el viento. Imaginaba historias de quienes habían pasado por allí, y se preguntaba qué nuevas le contarían los niños. Cada día que subía, sentía que el árbol le enseñaba algo nuevo sobre la paciencia, la esperanza y la importancia de cuidar lo que amamos. Cuando los obreros llegaron para talarlo, se detuvieron. Frente a ellos estaba el tronco cubierto de palabras, dibujos y emociones. Uno de ellos murmuró: -Este árbol... ha visto demasiadas cosas como para cortarlo.

El técnico del ayuntamiento asintió y dijo con una sonrisa:

-Mantendremos el árbol. Cambiaremos el proyecto.

Leo subió a sus ramas como siempre, pero esta vez no para escapar del mundo sino que lo miraba con orgullo y esperanza. Respiró profundo, tocando la corteza rugosa que había salvado más que un árbol: había salvado la memoria y la fuerza de todos los que lo recordaban.

Desde lo alto, la ciudad seguía llena de luces, reflejos y ruidos, pero Leo la veía diferente. No era solo cemento y humo: era un lugar donde los recuerdos y el coraje podían hacerse visibles, y donde un niño y un árbol podían enseñar a toda la ciudad a respirar un poco más despacio.

Mientras el viento movía suavemente las hojas, Leo escuchó algo como un susurro: "Mientras alguien recuerde, mientras alguien cuide, siempre habrá vida".

Sonrió y abrazó la rama con fuerza, sintiendo que la ciudad y él podían ser un poco más humanos gracias a ese árbol.

Nébulas